

Mahón 5 Mayo 1905

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Los proletarios del mar

Agosto declinaba.

La esperanza se había reavivado en el transcurso de algunas semanas. Al desaliento de los primeros días sucedía en el ánimo de Juan una fiebre de entusiasmo, algo como ímpetu de orgullo cuyos embriagadores perfumes saboreaba.

Por la tarde vagaba por el puerto, entre los pescadores, y siguiéndoles á la taberna había logrado conocerlos al par que revelarse á ellos. Juan fué escuchado en seguida. Sus gritos de rebeldía hallaron bien pronto eco en el alma ingenua de aquellos hombres rudos y sencillos, á cuyos oídos las palabras de justicia y de libertad resonaban armoniosas como voces de amor muy puras y dulces.

Iniciado cada vez más en su vida de trabajo aplastante, de incesantes peligros; ligado á ellos por la fácil fraternidad de la taberna, Juan se sentía su hermano de miseria, un hermano más ilustrado que sabía mucho de la infamia de los hombres, su hipocresía y su vileza!...

Una tarde consiguió exaltarlos, comunicándoles—como fiebre sorda que acabará por estallar un día—su ardor y su fé.

A su ternura por ellos se mezclaba cierto pesar sincero y punzante; el pesar de haberlos juzgado mal muy poco antes, de haberse abandonado al desaliento el día de su llegada creyéndose el único destinado á sufrir en aquel rincón de la tierra batido por las olas, perdido entre las brumas del cielo, en la tristeza de un eterno destierro.

Habíalos creído libres, en otro tiempo. Había envidiado su suerte. Sin duda, pensaba, que por la ganancia arriesgaban el pellejo. Pero ¡qué importa! Con ese escalofrío del peligro permanente en el corazón, ¿no es más bella la vida? ¿no tiene un encanto singular? ¡Oh! Juan no se imaginaba que los caprichos del viento y del mar son á veces más injustos y más duros de soportar que los de los hombres!

Ahora, los pobres diablos escapados á la tempestad le parecen más humildes, más miserables que los obreros de la ciudad que trató de emancipar un día. Aquí como allá pesa una terrible gerarquía sobre los humildes, aplastándolos cruelmente.

Cada barca tiene su equipo compuesto de varios pescadores y del patrón. A éste pertenecen la barca, las redes y los accesorios. El patrón se reserva la mitad del producto bruto de la pesca. Los marineros se reparten el resto. Y todos, patrón y marineros, están por completo á merced de los fabricantes ó fomentadores de la costa, que los explotan. Gracias á una inteligencia tácita, forman estos últimos, frente á los pescadores ignorantes y simples, fáciles de engañar, una corporación poderosa de industriales avisados y tunantes, cuya alianza solidariza el interés, el odio instintivo que coloca al especulador en condiciones de devorar al productor, odio imbécil de donde surgirán grandes catástrofes que acarrearán la ruina del mundo viejo. Así llegan á pagar la pesca á precios verdaderamente irrisorios. Como en toda la costa son ellos los dueños del mercado, arruinaron las pocas fábricas independientes que había y los pescadores tienen que doblar el espinazo resignados bajo pena de morir de hambre.

Además, por una insultante ironía de la

suerte, los días de mucha pesca, aquellos en que las redes vienen repletas hasta romperse, son para los marineros días de escasez pues los precios del pescado bajan en proporción de la abundancia de pesca. Únicamente logran vender su cargamento, las barcas que llegan primero á la playa. Los demás deben resignarse á vaciar la pesca sobre la arena, donde se pudrirán montañas de peces que arrastrará la marea en su reflujo.

Juan estaba pasmado. Los pescadores le explicaron que la sardina no podía conservarse ni siquiera veinticuatro horas. Era necesario preparar de seguida los aranques en sus cubas y no había bastantes muchachas en las fábricas de Douarnenez para salar y entibar en una sola noche la pesca de cuatrocientas lanchas del puerto que llegan cargadas hasta zozobrar. Se pierde el tiempo después de grandes penalidades, de haber arriesgado la vida en vano y es preciso amarrar el barco á la orilla y cruzarse de brazos ante el puchero vacío y los bolsillos huecos. En tales días la taberna está desierta. Se vé á los marineros volver tristemente á sus pocilgas donde la mujer y los hijos esperan, ansiosos, dinero para poder comer. Ante el gesto desesperado del padre, que no trae nada, todos, comprendiéndolo, se echan á llorar.

Y en la angustia de la negrura de la noche, traído por el viento de tierra, un clamor de maldición pasa rozando sobre las olas.

JORGE BONNAMOUR

Negaciones del Estado

(CONCLUSIÓN)

Claro está que ésto no sucede siempre; pero cuando esta regla se altera es porque encaja en los proyectos de la entidad soberana ó porque la opinión, habiendo evolucionado, la obliga á morigerar sus peculiares procedimientos. Esto, aparte de que las Comisiones, tanto militares como civiles, no tienen otro objeto, con frecuencia, que mantener á ciertos parásitos conspicuos, y cuyo dispendio es necesario justificar á los ojos de las gentes. Biólogos como el que nos describe *Octavio Mirbeau* en *El Jardín de suplicios*, podrían salir á cientos del terreno de la novela para pasar á los dominios de la historia.

Pero esto aparte, lo cierto es que tampoco, en la forma y condiciones que el Estado tiene montada su máquina, puede lógicamente producir otros resultados.

En concepto oficial ó legal, los sabios lo son por el solo hecho de poseer un título que les declara tales con solemnidad ritual, y con él adquieren la *facultad* de ejercer públicamente la profesión que pretendieron aprender en la Universidad. En el mismo caso se hallan los representantes de todos los poderes políticos y administrativos. El ministro, con un papel que lleva la sanción previa de la superioridad jerárquica, queda

facultado para hacer y deshacer en todo cuanto corresponde á su ramo, aunque no se le reconozca ninguna aptitud para ello. Y como la política de bandería tiende siempre á conglomerar en masa homogénea el pensamiento de los hombres entre los que ha de distribuirse la tarea de gobernar pueblos, la redención de estos hombres se hace por leyes comunes de afinidad, como en las concreciones de la materia; así se llegaría á producir en las sociedades, si no fuera por la evolución que crea las multitudes, un fenómeno pétreo exento de todo principio de renovación orgánica, como las estalactitas en las cavidades de la roca.

Y es que, como hace observar Spencer, el oficio de gobernante, legislador, administrador etc. no necesita aprendizaje. Un sujeto cualquiera puede ser ministro, diputado, concejal... Para ello bastará, bajo nuestro régimen, conque la estulticia del cuerpo electoral le abra el camino; lo demás, riquezas y ascensos, ya se lo hará él que se siente capaz de marchar sobre traiciones, chanchullos, adulaciones y farsas. Así se explica que los cuerpos técnicos agregados á la gobernación y dirección del país, sin exceptuar Inglaterra, disfruten las ventajas de una mediocridad que las honrosas escepciones patentizan con sobrada elocuencia.

El resultado, aunque fatal, no por eso deja de ser desastroso.

La nulidad, cuando no la perversión, erigidas en factor de selección gubernamental por conveniencias políticas, dá por resultado que todo buen ingeniero no pueda vivir sino al servicio de empresas particulares ó sociedades anónimas; que filósofos y literatos de fama universal, vivan lejos de toda función pública y corporación oficial; que sabios profesores, se vean preteridos por medianías despreciables; que marinos heroicos y peritísimos, no puedan subir sobre el puente de un buque del Estado; que eminentes hombres de ciencia, investiguen y descubran maravillas y sublimidades lejos de toda dependencia oficial.

Alguna vez, sin embargo, se suelen encontrar hombres de talento en las dependencias de la vieja máquina del Estado y á ellos nos remitimos seguros de que vendrán á corroborar cuanto llevamos dicho. Esto no obstante, bueno es decir, que antes de obtener estos hombres la venia oficial para fundar un instituto especial, escuela, observatorio etc. tuvo que imponerlos al Estado la prensa y la opinión, para que éste, después de circunloquios, trámites y suspectas resistencias, les otorgara una protección bien mezquina en la mayoría de los casos.

Lo innegable es que el progreso marcha por impulso de corporaciones privadas é individuos independientes. y que ese mismo

progreso, como también ha demostrado Spencer, halla en el Estado una resistencia que le acredita de organismo funesto.

Pero ¿qué puede hacer un gobierno como el de España, al que principalmente impugnamos, si todos sus recursos los gasta en sostener instituciones anacrónicas y perfectamente nocivas? Nada, sino lo que hace, gobernar por ignorancia, por cinismo y *guapeza* ridícula; abandonar la enseñanza a *negros profesores* que detestan la ciencia y enseñan el renunciamiento a las mayores dulzuras de la vida; no ocuparse de la higiene y la prosperidad públicas y abrir la válvula de toda tiranía.

Pero sí, aun puede hacer más. Convertir toda autoridad en odiosa brutalidad; hacer de cada uniforme una librea que podría investirse todo verdugo; hacer antipática toda dependencia oficial; erigirse en oprobio de la civilización; llenar el mundo de parásitos y facultar a toda corporación administrativa para que secunde, y aun amplie, sus desaciertos.

Por eso todo municipio, exprimido por el poder central, tiene derecho a explotar a su vez a los ciudadanos, gozando además de poderes jurídicos y ejecutivos. El propietario urbano, que paga su contribución al Estado, tendrá que pagarla con un recargo municipal, y además otros tributos, como impuestos sobre puertas, balcones y ventanas. Sin una licencia, ó mejor dicho, sin varias licencias, todas bien caras, no podrá construir un edificio nuevo, ni reformar una casa en ruina, ni pintar una fachada sucia y fea. El comerciante pagará al Estado su cuota en las mismas condiciones que el casero, y además a la caja municipal un tributo por los escaparates y rótulos exteriores de su establecimiento. El más pobre de los ciudadanos pagará al Estado directamente un impuesto con el nombre de cédula personal, pero gravada con el 25, el 50 y hasta el 75 por 100 de recargo municipal.

Y como ni el casero, ni el comerciante, ni el industrial se han de arruinar cargando sobre su capital los gravámenes de todo ese saqueo, escusado es decir que el público en general, y las clases desheredadas, sobre todo, no se enteran de la protección que les dispensa el Estado, si no es por las crecientes dificultades que para su vida encuentran en la sociedad así organizada. Hasta los pequeños municipios de aldea viven aplastados bajo esos impuestos y los «contingentes provinciales», devengados a la desmoralizada administración de las diputaciones provinciales.

No se olvide, después de todo esto, las bajezas administrativas y jurídicas de que son fermento. El intrincado organismo social sirve admirablemente al fomento y desarrollo de malos bichos que, unas veces burlando el desinglado funcionar de tan vieja guimbarde y otras aprovechando sus tumbos y desarreglos, viven y medran comiéndose toda clase de delitos, que la paternidad judicial y las lagunas del código dejan impunes, mientras que el burdo y capcioso mecanismo, divinizado por los teorizantes del derecho burgués, continua aplastando bajo sus ruedas, lo mismo a su propia escoria que a los hombres que trabajan con desinterés por un mañana más racional y cien-

tífico. El Estado es también un abismo cuyo vértigo atrae hacia sí cuanto bueno y sano existe en la sociedad para confundirlo y anonadarlo, devolviéndolo al mundo transformado en errores, tiranías, negaciones y arbitrariedades.

¿Que es un progreso sobre el autocratismo y la oligarquía? ¡Bueno! Nosotros no lo negamos. Nos limitamos a decir, como réplica a esa exclamación de última hora, que en la historia hay fatalidades de tal manera funestas que, como los hados adversos de la antigua filosofía, encadenan a la humanidad con la desgracia y el error.

Por lo demás, afirmamos, con la entereza de un sincero convencimiento, que más allá de los progresos que puedan suponer las actuales formas de gobernar, existen aun dilatadas regiones del Derecho y vastos horizontes donde la Libertad y la Justicia serán cosa distinta a convencionales definiciones de gentes imbuidas en el absurdo de viejas pandectas, ó en egoísmos sistemáticos.

Es más; como revolucionarios creemos que puede y debe abolirse hasta la noción del Estado, estableciendo como principios de organización social «la espontaneidad y afinidad intelectual, de la que resultará la base de una libertad de gran valor.»

ANTONIO L. RODRIGO

Capítulo IV del libro inédito «El Régimen burgués».

Una bonita respuesta del embajador del Japón en París.

Como se le felicita de los invariables éxitos del ejército nipón, el excelente amarillo contestó:

—¡Eso es! Cuando nos limitábamos a fabricar bronce, porcelanas é inimitables sederías, entonces éramos bárbaros. Ahora que acabamos de matar y de hacernos matar unos cien mil hombres, la Europa ¡nos tiene por civilizados!

El agricultor

La Agricultura es la base de la sociedad.

En el año dos mil no existirá la Agricultura.

BERTHELOT

En la sociedad actual el trabajador no es un hombre, es un funcionario; si la función se hace innecesaria por cualquier circunstancia, al desaparecer la función, al hombre considerado como un desecho, como un estorbo, se le mata.

Así ha sucedido en las transformaciones por que ha pasado la industria: la mecánica ha reemplazado al oficial, que, aun en su condición de asalariado, era un profesor, un artista que tejía, ajustaba, componía, labraba, forjaba y construía, produciendo un mueble, un precioso tejido, un par de botas, una herramienta ó uno de los numerosos objetos necesarios para nuestra existencia, con saber especial, con gusto propio é imprimiéndole su sello personal: era lo que en el idioma corriente se llamaba un *artesano*, un *oficial*, palabras casi ya caídas en desuso, substituídas por la voz *obrero*, cuya generalidad despoja de carácter personal al trabajador para convertirle en hombre de pena que vende fuerza por un jornal, es decir, en bestia de carga. La inteligencia productora fué comunicada por el ingeniero a la máquina, y el obrero no es más que su servidor, su vigilante y su proveedor de materia prima.

El progreso, avanzando con desigualdad en sus diversas manifestaciones, favoreció al capitalista y mató al artesano; el primero, con la complicidad de la Iglesia y del Estado, utilizó, en provecho exclusivo y propio, el progreso industrial; el segundo, entre los

diversos medios de morir que se le ofrecían a escoger, dió la preferencia a la emigración: no fué necesaria la existencia de un Herodes que sacrificara inocentes excedentes, ó sea brazos inocuables, sino que ese mismo progreso, aplicado a la navegación, llevó miles de barcadas de ellos a morir en el seno de la virgen América.

Pues tú, artesano agricultor, que embrutecido por el cura de tu pueblo y desangrado por el sacamantas administrativo, aunque en esta sociedad seas un paria, conservas todavía aureola prestigiosa, proveniente de la necesidad de la función que desempeñas; poco es, pero aunque en la ciudad te llamen despreciativamente *paleta*, *campesino* ó *gañán* y te se prepare un timo detrás de cada esquina cuando penetras en ella; por más que el Estado te despoje de tu pegujal porque andas remiso en el pago de la contribución, ó el propietario, como dueño legal de la tierra que trabajas, te despoje de la cosecha, y, por si eso no basta, el usurero te robe céntimo a céntimo tus menguados ingresos, todavía puede llegar a tu oído, ya que por desgracia no sepas leer, la relación de alguna alabanza que algún cursi burgués, deseoso de lucirse, dirige al agricultor.

Pero te advierto que la ciencia tiene decretada tu muerte, porque tu función está llamada a desaparecer: el trigo, las patatas y las coles, serán substituídas por ciertas sustancias químicas que, sabiamente combinadas y tomadas de esos inmensos é inagotables depósitos que existen en la Naturaleza, permitirán al hombre llevar en una cajita guardada en el bolsillo el alimento para un mes.

¡Qué! ¿Te ríes con nécia incredulidad, tú que crees que un dios que no tenía tiempo ni espacio donde existir creó el Universo de la nada, y que una virgen puede parir un dios humanizado? Pues ten entendido que las profecías científicas se cumplen con mucha más seguridad que las místicas, y que si no te despabilas para mandar a paseo al cura que te promete la gloria y al político que te ofrece democracia, y no te unes a los trabajadores industriales para dar el impulso revolucionario que transforme la sociedad haciendo que caminen de la mano el progreso científico y el progreso social, estás perdido; y tú y tus sucesores, moriréis sacrificados en aras de la avaricia y de la soberbia de los capitalistas. ¡Fiate de la virgen y no corras!

Ya lo sabes, hermano rural; no te excusa tu inocencia ni tu ignorancia: no hay término medio: ó la alianza con tus compañeros industriales ó la muerte.

ANSELMO LORENZO

Andalucía

No se ha resuelto con las lluvias el terrible problema del hambre. Los periódicos de información dicen que la situación continúa con la misma gravedad.

Se cuentan detalles horrorosos que debieran conmover hasta a los burgueses y gobernantes. Pero es en vano. Se gastan centenares de miles de pesetas en regalar coronas a la Virgen del Pilar, pero nadie se preocupa del hambre de los obreros andaluces.

En Jerez de la Frontera dicen los periódicos que la alimentación insuficiente durante mucho tiempo ha producido anemia cerebral en muchos obreros, que han tenido que ser encerrados en el manicomio. ¡Se han vuelto locos a consecuencia del hambre y de los sufrimientos!

Algunos escritores han publicado artículos conmovedores, realizando una información que permite conocer toda la maldad de la organización económica de la sociedad actual. De tanto como podríamos copiar,

nos limitaremos á poner aquí unos párrafos del artículo *Dicen los jornaleros*, publicado en el *Diario Universal* por Cristóbal de Castro:

Dicen los jornaleros; —«Señores ministros, señores periodistas, señores de la influencia y del Poder: desde el año 68 estamos hartos de oír ya que la crisis agraria de Andalucía es un problema urgente. ¿Qué habéis hecho de ese problema urgente en tantos años? ¡Nada! Vosotros seguís en vuestros discursos, en vuestros Ateneos, en vuestros periódicos—unos más ricos, otros menos boyantes,—pero todos comidos y bebidos,

Nosotros, en nuestros cortijos, en nuestras chozas, en nuestras cuevas, seguimos igual—unos más viejos, otros más jóvenes,—y todos muriéndonos de hambre. ¿Es esto justo? ¿Qué es lo que, en resumidas cuentas pedimos? ¡Trabajar! ¿Hay de entre vosotros ni anarquista ni clerical que no proclame el derecho á vivir del trabajo, como el más santo de los derechos? Pues si todos estáis conformes y sois todos los que tenéis que resolver sobre esto, ¿por qué no resolverlo ya?

—¿Sabéis—señores ministros, señores periodistas, señores de la influencia y del Poder—cómo vivimos los jornaleros andaluces? Pues vivimos desde muchachos descalzos, casi en cueros, trabajando ya—acarreado leña, guardando cabras, comiendo por todo comer unas migas, un gazpacho, una pobre olla;—si estamos enfermos y no morimos es por milagro del Señor: el médico ha de tratar leguas para visitarnos; la botica está en el pueblo, que es como estar en el fin del mundo; la escuela, también por lejos, nos está vedada; al cura no le oímos el metal de la voz sino cuando nos casa ó cuando canta en algún entierro.

Y después, cualquier ministro adorna su mejor discurso exclamando:—Entre la incultura jornalera la voz de la anarquía es una caricia insinuante.

Cualquier doctor nuevo hace retóricas en su académica recepción, tronando contra la higiene campesina:—¡Estos jornaleros que no se lavan, que viven en pestilentes chozas, que no hacen caso de la higiene! Cualquiera ateneísta sociólogo festonea su primer memoria con datos así:—«La población rural de España es una afrenta. El 95 por 100 no sabe ni leer ni escribir.» Y cualquier aspirante á obispo, en las oposiciones á canongías, ensarta trenos y más trenos:—«La cura de almas en la aldea es un plantel heróico. El sacerdote rural, señores, es un glorioso descendiente de Francisco Javier y de los mártires del Japón.»

¿De qué se nos acusa? ¿De barbarie? ¿Por qué nos alejáis la escuela y el púlpito? ¿Qué nos culpáis? ¿Nuestra miseria, nuestra poca higiene, nuestra decadencia fisiológica? ¿Por qué nos priváis de la botica y del médico? ¿Sabéis, señores periodistas, señores ministros, señores de la influencia y del Poder, que nuestras mujeres paren en tinados, como las vacas; que á nuestros muertos se les dá sepultura á flor de tierra; que no sabemos que hay Estado sino cuando viene el recaudador á embargarnos hasta el aliento, ó cuando nuestros hijos, al empezar á ganar, se nos van á servir al rey?

He aquí, según el director de Agricultura, el mínimo de gasto de un afamilia jornalera, poniendo, por lo corto, mujer y dos hijos—ya sabéis que el hambre es más prolífica que Jacob, y que el término medio no son dos, sino cuatro hijos, en las familias jornaleras:

	Pesetas
Pan, 2.500 gramos	1'32
Aceite, 500 gramos	0'20
Alquiler de casa	0'05
Vestidos	1'55
TOTAL	

Así, no comiendo sino pan y aceite; no fumando el hombre; no incluyendo extraordinarios ni para la mujer ni para los hijos;

pagando veinte céntimos de casa; sin incluir médico, ni botica; sin pensar ni en calzados, ni en sombrero, ni en leña, viviendo en un mechinal, acostándose á oscuras, levantándose y yéndose á trabajar sin poder llevar ni un mal mendrugo, lo menos, lo absolutamente indispensable, son seis reales de jornal

Señores ministros y señores periodistas: si meditáis un poco ante esos números; si un minuto de sinceridad os detenéis, con la imaginación, en la cocina trabajadora, oscura, con un mal catre, un cantarillo, un azadón, unos harapos, unos muchachos casi en cueros, una pobre mujer anémica y un hombre en plena juventud, con la hoz inútil, en sus brazos...; si un instante de humanidad sopla su amor en vuestros espíritus y reflexionáis sobre el estado ético de esa mujer esclava y de ese hombre en la miseria, nosotros, jornaleros honrados y hombres de bien, os repetiremos nuestra pregunta:

—«¿Es que fatalmente nos hemos de morir de hambre?»

Mírese, pues, lo que decimos. Los amos dicen que no pueden, y nosotros que sí; el Estado afirma que ha hecho ya cuanto ha podido, y nosotros que no. ¿Quién está en lo firme?

Nosotros, jornaleros, hemos hablado ya. Hablen los amos, hablen tras ellos los ministros, y veamos quién tiene razón y cuáles medios cabe usar aquí

No olviden los amos que llevamos dos días acampando el hambre en sus pueblos; no olviden los ministros que los jornaleros somos 100.000 somos 200.000, SUMOS UN MILLÓN los de toda la Andalucía...

CRISTÓBAL DE CASTRO

¡A la lucha!

para el amigo F. F.

Acrata, que así te vas muy lejos de las ciudades, escucha cuatro verdades... ya me lo agradecerás.

Ya sé cuan grato es huir y cuanto goza el que olvida las miserias de la vida en el placer de vivir.

Ya sé que Naturaleza te envuelve con sus encantos y que, al escuchar los cantos del pájaro en la maleza,

la dulce tranquilidad de que tu alma se enamora te hace olvidar al que llora explotado en la ciudad;

que la divina armonía que satura el suave ambiente va apartando de tu mente los ensueños de Anarquía;

que tu artista corazón goza así de alegre vida... Mas el egoísmo anida en tu pecho, y la traición.

Mira, mira, desdichado, mira de tí en derredor.

¿No ves al explotador oprimiendo al explotado?

¿No oyes los ayes que dan, inermes, desesperados, todos los desheredados cuando á trabajar se van?

Niños, hombres y mujeres vierten su sangre á granel para que el rico haga el elixir de sus placeres...

Y de esto huyes!... Y entretanto que el universal clamor gime miseria y dolor, ¡tú te absorbes en el canto del ave que hace su nido y escuchas el arroyuelo que á tu alma lleva el consuelo y á tu espíritu el olvido!

Sacude ya tu apatía. ¡A la lucha y á la acción!

¡Viva la Revolución Social! ¡Viva la Anarquía!

J. DE MADARIAGA

Rusia

La revolución inglesa del siglo diez y siete y la francesa del siglo diez y ocho no se hicieron en un día, sino que necesitaron algunos años de turbulencias y luchas. En Rusia será lo mismo, y tal vez se necesite más tiempo, porque la transformación habrá de ser más radical.

Los revolucionarios rusos han demostrado una energía y una constancia admirables durante largos años de propaganda, luchando contra la ferocidad de los cosacos, de la policía, de las leyes y, sobre todo, contra la ignorancia del pueblo ruso.

Venciendo todas las dificultades, los revolucionarios, que en su gran mayoría eran nobles, estudiantes, profesores, grandes comerciantes y hasta muchos oficiales del ejército, emprendieron la labor de dirigirse al pueblo, ilustrándolo y preparándolo para la emancipación.

Los hombres se hicieron maestros de escuela en las aldeas y obreros en las ciudades; las mujeres se hicieron institutrices y criadas. Durante años, una juventud entusiasta, procedente de la aristocracia y de la alta burguesía, ha estado en contacto con el pueblo viviendo estoicamente la vida del obrero y del campesino.

Si no hubiese sobrevenido la guerra de la Mandchuria, es posible que la revolución se hubiese retrasado algún tiempo, pero hubiera estallado al fin, poderosa, incontrastable, porque el pueblo ruso está preparado por una labor heróica que no puede menos de dar sus frutos.

Quizá en ninguna otra revolución habían tomado una parte tan activa los campesinos. Por más que el gobierno del Czar trate de incomunicar á unas provincias con otras y á todas con el extranjero, se sabe que en grandes extensiones, mientras los obreros industriales luchan con la policía en las calles de las grandes poblaciones, los campesinos se apoderan de las tierras y se disponen á cultivarlas en comun, desentendiéndose de los señores y de los gobernantes.

Este es el fin práctico de la revolución: que se apoderen los campesinos de las tierras y los obreros industriales de las máquinas y de los talleres, uniéndose para constituir la nueva organización social que garantizará el bienestar de todos.

Esta gran transformación, que habrá de realizarse en todo el mundo, ha comenzado en Rusia.

Enseñanzas antialcohólicas

El alcohol y la locura y el crimen

A medida que en un país dado crece el consumo de alcohol, aumenta asimismo el número de locos é idiotas, siguiendo una marcha paralela.

El alcohol, destruyendo la moralidad, quitando al bebedor la conciencia de sus actos, volviéndole perverso é irascible, es una gran causa de delitos y crímenes.

El alcohol puebla las prisiones.

Recomendar la economía á los pobres es á la vez grotesco é insultante; es como aconsejarle que coma menos á uno que se muere de hambre.

OSCAR WILDE

Extensión Universitaria

El profesor D. Gabriel Comas dió el sábado una hermosa conferencia sobre *La Enseñanza obligatoria*.

Defendió el derecho del niño al desarrollo integral de sus órganos, potencias y facultades.

La educación intelectual, moral y física es una necesidad del hombre civilizado, y privar de ella á un niño es un crimen, como el mutilarle un miembro ó privarle de la alimentación precisa para su vida y crecimiento.

El señor Comas expuso argumentos irrefutables y tuvo ideas muy felices.

Sin embargo, como muchos de nuestros pedagogos, planteó mal una cuestión muy importante.

No creemos que se haya de defender al niño contra el egoísmo de los padres, porque ningún padre deja de educar á sus hijos por capricho. La causa de que algunos padres dejen á sus hijos sin educación; la causa de que algunas madres lleven sus hijos á las Inclusas ó los ahoguen al nacer; la causa de todos estos atentados contra naturaleza está en la mala organización social, en la necesidad de la lucha por la vida, en la explotación inicua que pesa sobre la mayor parte de la humanidad.

El remedio, por lo tanto, no puede venir de los gobiernos, instituidos para sostener la explotación; al contrario, el remedio está en suprimir la explotación que sostienen los gobiernos. Si todos los hombres tuviesen medios para vivir desahogadamente, ninguno abandonaría á sus hijos, ninguno dejaría de criarlos y educarlos convenientemente.

La conferencia del señor Comas, se publicará, como la anterior, en folleto. Los que deseen adquirirlas pueden avisar á nuestra Administración.

Justicia burguesa

El sábado se vió en juicio oral la causa seguida contra nuestro compañero Juan Marent por desobediencia y desacato á un agente de la autoridad.

Aunque por anticipado esperábamos la condena de nuestro amigo, sin embargo, en el acto del juicio concebimos algunas esperanzas.

La acusación se fundaba exclusivamente en las declaraciones del Inspector de policía, tanto que ni siquiera se llamó á declarar al delegado de la autoridad que presidió el mitin en que se suponen cometidos el desacato y la desobediencia.

Declaró, como decimos, el Inspector solamente, y declaró en tal forma que el mismo señor Fiscal tuvo que interrumpirle, advirtiéndole que se limitara á contestar á las preguntas que se le habían hecho.

Lo que fué la declaración del Inspector puede juzgarse con sólo decir que aseguró que en el mitin de referencia se había hecho la apología del crimen de la calle de Cambios Nuevos.

Ante los señores Magistrados, ante el público que acudió á presenciar el acto, el señor Inspector de policía declaró explícitamente que en aquel mitin se había hecho la apología del crimen de la calle de Cambios Nuevos.

Hemos repetido y subrayado esta terminante declaración del señor Inspector de policía, porque tenemos la seguridad de que causará asombro en todas partes donde sea conocida.

La apología del crimen de la calle de Cambios Nuevos no sabemos que se haya hecho jamás en ninguna parte.

Al oír la declaración del Inspector, creímos que los señores Magistrados la interpretarían de otro modo y que absolverían á nuestro compañero.

Pero no ha sido así. Nuestro amigo ha sido condenado, á pesar de todo, y uno de

estos días ingresará en la cárcel, para estar en ella cerca de tres meses.

El lunes tuvo lugar un juicio contra un muchacho que se había apoderado de ciento cuarenta y dos pesetas con cinco céntimos.

Los buenos burgueses que componían el Jurado le condenaron á más de seis años de presidio.

En vano el abogado defensor les hizo notar que aquel joven, castigado ya con cerca de un año de prisión preventiva, podía ser un hombre honrado devolviéndole al seno de su familia, mientras que arrastrado á la escuela de crímenes del presidio era un hombre perdido para siempre.

Los buenos burgueses que componían el Jurado prefirieron escuchar la autorizada voz del señor Presidente de la Sala, que les recordó la conveniencia de defender la propiedad por medio de duros escarmientos.

El señor Presidente se mostró también muy enérgico al rechazar la suposición de que el reo hubiese podido ser maltratado por la guardia civil. Para el señor Presidente no han existido nunca los tormentos de Montjuich y de Alcalá del Valle; es falso que el ex-teniente Morales colocara bombas para perseguir luego á inocentes obreros; son calumnias cuanto se ha dicho y escrito y cuanto pueda decirse en España y fuera de ella en contra de individuos del *benemérito* instituto, sostén del régimen capitalista tan firme como el señor Presidente de la Sala y como los señores jurados que han condenado á más de seis años de presidio á un joven de diez y ocho años que se había apoderado de ciento cuarenta y dos pesetas con cinco céntimos.

Mañana, sábado, serán juzgados dos obreros acusados de coacción en una huelga.

OBRAS COMPLETAS

DE LEÓN TOLSTOI

Pronto comenzarán á publicarse por cuadernos semanales, impresas sobre magnífico papel é ilustradas con profusión de grabados y láminas sueltas tiradas á dos tintas.

Precio del cuaderno: 30 céntimos.

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico.

ECOS Y COMENTARIOS

El Libertario de Montevideo recomienda á la prensa europea la reproducción del siguiente suelto, que recomendamos á todos los que ansian emigrar:

OBREROS EUROPEOS:

Trabajadores de todo el mundo; Boycotead los productos de la Argentina.

PROLETARIOS:

No vengais á la Rusia sud-americana; la Argentina.

La Federación Regional de Sociedades de Resistencia de España ha remitido á todas las colectividades federadas una circular en la que pone de manifiesto la necesidad de la celebración del V Congreso y esperando que estas designarán, como de costumbre, la localidad donde crean conveniente que se celebre dicho Congreso.

Es de desear que las colectividades aludidas se apresuraran á satisfacer los deseos de la Federación Regional, dirigiéndose á Salvador Torres, calle del Amparo, núm. 100, 2.º int., 1.º.—Madrid.

En Fernán-Núñez la reacción arrecia en contra de los que defienden las ideas redentoras.

Han sido expulsados de aquella población nuestros compañeros Antonio Lara y José Mendiola, por hacer propaganda de nuestras doctrinas y no querer someterse á las exigencias de aquellos caciques clericales

Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.

	Pesetas
Juan Ferrer	0'25
Antonio Mir Pérez	0'10
Juan Orfila	0'15
Juan Juanes	0'25
Jaime Quintana	0'25
Antonio Bagur Aloy	0'30
Julio Cabello	0'25
Pedro Febrer	0'25
N. N. Libertario	0'30
A. M.	0'25
M. Bernasar	0'25
J. M. Zaragoza	0'25
Lucas Pons	0'25
Noguera	0'10
Lorenzo Cloquells	0'50
Jaime Payeras	0'15
Antonio Vidal	0'10
Lorenzo Barber	0'10
Genís	0'15
Alfredo Pi	0'25
Juan Salom	0'25
Jaime Jams	0'30
Lorenzo Arnau	0'25
Pedro Garriga	0'25
Juan Fortuny	0'25
Bartolomé Pons	0'10
Luis Vila	0'25
Antonio Mari (a) 14	0'25
María Aragonés (a) 14 y 172	0'10
B. B.	0'20
José Sintés	0'25
Paco Mercadal	0'25
TOTAL.	7'15

PAPEL IMPRESO

El número 164 de la *Revista Blanca*, correspondiente al 15 de Abril de 1905, publica el siguiente sumario:

Prólogo á Evolución super-orgánica, S. R. y Cajal.—*La Reacción en 1790 y 1791*. Pedro Kropotkine.—*Evolución super-orgánica*, Enrique Lloria.—*Crónica de Arte y de Sociología*, J. Pérez Jorba.—*A B C de Astronomía*, Federico Stakelberg.—*El derecho del padre* (drama), Enrique Fischer.—*Contra la nueva Rusia*, Los obreros de la Argentina.—*Recuerdo histórico doctrinal*, Anselmo Lorenzo.—*Libros, revistas, folletos y periódicos*, Rosendo del Pinar.—*La quincena intelectual política y obrera*, Augusto Recio.—*Reformas en «La Revista Blanca»*, La Redacción.

Precios de suscripción: Un año, 5 ptas.—Trimestre, 1'50 ptas.—Número suelto, 25 céntimos.

Administración: Cristóbal Bordiu, 1.º—Madrid.

El número 39 de *Natura*, correspondiente al 1.º del actual, publica el sumario siguiente:

Autonomía y Solidaridad, por la Redacción.—*El factor económico en la producción del delito*, por N. Colajanni.—*La reacción en 1790 y 1791*, por P. Kropotkine.—*El genio*, por Juan Grave.—*El catecismo de los puercos*, por Tomás Carlyle.

Número suelto, 10 céntimos.

Administración: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Barcelona.

CORRESPONDENCIA

Linares.—A. L. Recibidos los sellos. Suspendemos envío.

Barcelona.—T. C. Anotamos las 10 pesetas de D. y 1 de E. A. Hacemos modificación. *La Mujer* estará pronto impreso.

Bilbao.—M. L. Procuraremos servir el número con puntualidad.

Habana.—F. D. P. Recibida carta y original. Al compañero G. le enviamos 100 ejemplares del periódico desde el número 193.